

los esfuerzos que se necesitan, y queda nombrado un Comité parlamentario ejecutivo, germen primero del Comité de Salvación Pública con que habían de rematar los convencionales su obra revolucionaria. Por manera que con esas tendencias á la unidad, incontrastables en el pueblo francés, habían sustituido, durante la revolución, á la unidad monárquica la unidad parlamentaria y dejado al poder monárquico agonizando en su palacio, cual enorme cachalote, á quien extraen de su natural atmósfera de hidrógeno y lo suben á nuestra superior atmósfera de oxígeno.

Pues mientras se deshacían los organismos de la Realeza y se hacían los organismos necesarios de la República, el estado enfermizo, de sobreexcitación febril, en que las muchedumbres necesariamente se hallaban por las amenazas contenidas en el alevé manifiesto de Brunswick, engendraban multitud varia de condensaciones, las cuales condensaban ya tanto la electricidad que se producía la chispa y estallaba el trueno. Michelet, aludiendo así á Lamartine como á Luis Blanc, pues únicamente merecen estos dos el nombre de artistas entre sus predecesores en el relato casi épico de la Revolución francesa, les da en rostro con que inventan muchas incidencias fabulosas y esmaltan sus crónicas con mil relatos novelescos. Pero luego, leyendo lo que dicen uno y otro, se convence con facilidad quien lee cuán difícil cosa es, ni aumentar mucho á lo generalmente sabido sobre tamaña crisis, ni tampoco á lo generalmente divulgado suprimir ninguna minuciosidad. Muchas veces el estilo espléndido de los narradores fáciles presta un acento poético á las narraciones tal, que suele atribuirse al fondo su poesía, cuando esta poesía no pasa de la forma. Indudablemente se conspiraba. Que se conspirase á clamor herido en las tabernas del barrio de San Antonio, descritas por unos con todo realismo y prosa en narraciones corrientes, ó que se conspirase á la callada en aquella reclusa casa de Charenton, admirablemente descrita por Lamartine; en opinión mía no quita ni añade un ápice á este capital hecho: que se conspiraba y se conspiraba mucho. Los sucesos capitales de la crisis aquella social producían una presión política muy semejante á las presiones atmosféricas; pero había motores, y motores de mucha importancia en aquel movimiento de una perdurable transcendencia. Por ejemplo, ¿quién puede dudar de que mucho cooperó al estallido la entrada en París de los Marselleses, entonando el cántico de la revolución, á cuyos acentos se caían de las sienas reales sus viejas coronas históricas? ¿Quién puede dudar que, seducida é hipnotizada Madame Roland por el culto republicano, en que su espíritu embecía tan grande mujer, á la diaria lectura de Plutarco y Rousseau, usaba todo cuanto influjo le daban su elocuencia y su sonrisa, sus pensamientos y sus ojos, á favor del próximo advenimiento de la República? Barbaroux no hacía más que observar mapas y mapas en estudio de un organismo geográfico verdadero, el cual pudiera servir de complemento al organismo verdadero republicano. En estos largos estudios, en estas prolijas observaciones concibió una idea que le costó la vida, una idea, republicana,

democrática, de progreso, en la cual únicamente se ocultaba meditado sistema de resistencia varonil á la reacción descarada, sistema condenado por sus apariencias, pues parecía un descoyuntamiento de Francia y un ataque á su territorial integridad y á la incon-sutil unidad de su Estado. Cuando en el Norte, decía Barbaroux, se agrupaban los austriacos; cuando por el Norte iban tras los austriacos aproximándose los prusianos; cuando en el Norte la Vendée levantaba con furor sus negras milicias de sombras lanzadas al sol de la libertad; quizás poseído del atavismo, que condujera sus padres á tomar las heregías albigenses contra las gentes del Norte un lustro de siglos, soñaba con levantar bajo el cielo azul y á la orilla del Mar Mediterráneo una República de luz y de armonía, República provenzal, ateniense, inspirada, la cual podía comenzar por un fraccionamiento, mas habría de acabar con certeza por una interior soberana unidad. Y mientras estos vastos pensamientos se dilataban por su espíritu exaltado, sabía también recoger los hechos minúsculos y encaminarlos con propósito firme al objeto capital de su conjura. Nada se hubiera podido hacer sin Pétion en París. Necesario era pues conservarlo para que impidiese movimientos favorables á la reacción de dos políticos cuerpos tan poderosos como el Municipio y la Milicia. Así estaba convenido en que se dejara cautivar por los revolucionarios el Alcalde para no aparecer traidor, aunque no era otra cosa, pues inútil cohonestar la inercia convenida de antemano con la lealtad de su carácter y el cumplimiento de su cargo, cuando tanta copia de ineludibles deberes le imponía un socorro activo á los amenazados monarcas. Y como la mujer del buen Alcalde se doliera de que su marido, aunque fuese como en farsa y comedia, hubiera de estar preso, decía Barbaroux á la cuitada que no tenía motivo para ningún género de alarma y agitación, cuando, de prenderlo, prenderíalo para dejarlo en su casa, junto á la esposa y á los hijos, atado con tricolores cintas. Barbaroux en este minuto de la Historia representaba el afecto ciego, y su inspiratriz, su Musa, la verdadera pitonisa de los girondinos representaba el pensamiento sereno junto con la firme y tranquila voluntad.

Conspiradores, en quienes predominaba el pensamiento, Madame Roland y Barbaroux; conspiradores en quienes predominaba la pasión, Laguerre, Legendre, Desmoulins, y el jefe ó cabeza de todos, el impetuoso y formidable Dantón. Los primeros muchas ideas removían en la mente, que lanzaban rayos de clara luz y rayos de asoladora electricidad; los segundos removían grandes ambiciones, de cuyas vorágines provenían el huracán por los aires y el terremoto por los suelos. Lamartine ha querido aumentar la grandeza de tales conjuras poniéndolas en lugares misteriosos y acompañándolas de una tempestad material. El sitio donde coloca los conspiradores congregados la noche del veintinueve de Julio, se parece mucho á las Catacumbas, y corresponde con las ideas perseguidas, que requieren á la continua en toda crisis grave los lugares misteriosos, como la semilla los sombríos surcos. La casa donde se reunían, parecida, y mucho, á fúnebre túmulo; el silencio en ella



reinante; las ventanas reclusas como sepulcros; el inculto circundante jardín, donde crecen las plantas parietarias como en un camposanto abandonado, concuerdan como un bien apercibido escenario, con la escena en él representada. Da escalofríos la maravillosa descripción lamartiniana, pues tiene todo el poder de las análogas ofrecidas por Víctor Hugo en su «Tirano de Padua», cuando los esbirros se deslizan como sombras en el espacio entenebrado por conjuras, y relampagueante de iras. Mas, no se satisface con describir el hogar común de los conjurados; añade una tempestad horrible á la noche siniestra. Con el dón de avivarlo todo, connatural á los artistas, evoca el calor de horno, precedente al estallido del cielo; las nubes, jaspeadas de relámpagos, como el infierno de azufres, sorbiéndose las estrellas, cual si acabasen sus resplandores para comenzar el último juicio; las centellas culebreantes que dan sus tremendos chasquidos y ciegan la vista de los encaminados al centro de la conspiración; el remolino de los huracanes que desteja las techumbres y desarraiga los árboles; el diluvio de las aguas parecido á las cataratas bíblicas, y cargado con piedras de granizo; los muertos hechos por este desate de las cóleras celestes contra la vida; el aspecto de París, sembrado con los despojos de aquel Apocalipsis, y parecido á un inmenso campo de batalla tras un combate mortal entre dos ejércitos, ó un descenso de los genios exterminadores con su cortejo de miasmas pestíferos y sus rastros de amontonadas ruinas; como si el Universo estuviera por el espectáculo de aquella sociedad volcanizada y en erupción, estremecido y agitado verdaderamente, asociándose á tal dolor, á la manera que se asoció con sus truenos á la desgracia del infeliz Edipo y con sus terremotos á la muerte del mártir Jesús. Lamartine presenta los conjurados al resplandor de tales relámpagos, como para darles aspecto de seres sobrenaturales; y lo eran, de cierto modo y hasta cierto punto, pues la Naturaleza no podía guardar en sus senos las tempestades que llevaban ellos en sus almas. Una observación, sin embargo, de las que presentó su relato, conmueve al más prevenido contra presagios y horóscopos. Aunque había comenzado la clausura de conventos y su apropiación á servicios laicos, no era posible transformarlos del todo y destituirlos por completo de su religioso carácter y de sus altos símbolos. Quedaban en los aires gallardeando las rotondas y sobre las rotondas sus cruces. Poco extendidos los pararrayos todavía, tales puntos de hierro llamaban el rayo, quien obedeciendo al llamamiento, acudía en culebros espantosos, hasta enroscarse por sus líneas, convertirlas en una espiral candente, y arrojarlas por el suelo; pareciendo esta batalla celeste, no á la terrena célebre de Constantino con Magencio, donde apareciera como un lábaro la Cruz; á otra, bien diversa de este tal estremecimiento nervioso, á una batalla, en que parecía la Cruz rodando por los insondables abismos. En medio de toda esta grande agitación, que parecía conmover al cielo mismo en sus alturas, aquel movimiento que avanzaba, podía llegar precedido de muchos planes, pero no contaba con jefe sobresaliente ninguno. Danton, si bien levantaba su cabeza volcánica sobre todas las cabezas, y ex-

tinguía con su voz tempestuosa todas las voces, no estaba todavía bastante delineado en el concepto público, y bastante formado como figura política, para tomar sobre sus espaldas todo el peso de la revolución, aunque le arrimara cuanto pudiera el hombro. Robespierre no había pasado de la dictadura del club jacobino á la dictadura del pueblo francés. Su tétrico aspecto, su figura siniestra, su palabra eclesiástica, su clarividencia del camino que más le convenía y del fin que más necesitaba, le suponían aptitudes para dirigir una manada de mudidores políticos, no para mandar las olas encrespadas de una social revolución. Ninguno de los girondinos poseía las condiciones de jefe. Cuanto valía Brissot de mucho en el Congreso, tanto valía de poco en el pueblo. A Vergniaud no se le podía ni hablar; después de haber hablado con tanta elocuencia, creía en su perezoso carácter hacer cuanto podía pedirsele, ignorando cómo las muchedumbres le pedían uniese al verbo el acto. Barbaroux, por demasiado regionalista, cual todos los provenzales, comenzaba su inmenso influjo donde concluía la Francia del centro. Existían muchas agrupaciones en aquella incendiada sociedad entonces con innumerables jefaturas; mas no existía una suprema dirección. De aquí el empeño mostrado por Michelet en atribuir todo el desarrollo de la revolución francesa y de sus consecuencias á una especie de ingenua espontaneidad social, no movida por ninguno de los vivientes entonces, no amañada por maniobras é intrigas de múltiples mudidores, como creen cuantos pasan lista fiel á los cabezas y cabecillas del motín trocado en revolución universal, con espontaneidad suscitada por el espíritu de la sociedad misma, por todos sus instintos, por todas sus intuiciones, por algo así como la revelación, por algo así como el arte, por un gran misterio, de que podemos certificar la existencia, sin poseer la explicación.

Hay quien cree que la corte se hallaba muy afligida en el período extendido entre la publicación del Manifiesto de Brunswick y su definitiva cautividad en el Temple. No hay tal cosa. Estaba ufánísima y se prometía del ejército extranjero acumulado en las líneas fronterizas un sabroso desquite. Nunca las reuniones tan frecuentes, ni las tertulias tan animadas, ni los caballeros del puñal tan retadores, ni los milicianos reaccionarios tan ufanos. Al duelo de los días, en que no vislumbraba la reacción por ningún resquicio de su cárcel ilusiones y promesas, seguíanse otros días matizados de verdaderas esperanzas, pues las relumbrantes bayonetas germánicas se retrataban en los ojos cortesanos, como dulces rayos portadores del resplandor tradicional y antiguo, con que debían redorar todos sus timbres y sus veneras. Cada noticia que llegaba les ponía más contentos y más animados. La irritación de Lafayette contra sus antiguos correligionarios hacía morir de risa en este momento á la corte. Los escarceos de Dumouriez parecíanle seguro anuncio de traición; y la corte iba por todas partes en busca de traidores. Así cualquiera hubiera dicho que se abrían de nuevo para ella las puertas de Versalles á su frente, y con las puertas de Versalles el régimen antiguo, mientras se cerraban las puertas de París á sus espaldas, y con



las puertas de París el aborrecido régimen parlamentario. La fuga, tan querida del cielo en otros periodos de la política y con tanta temeraria torpeza practicada, hubieran podido los reyes realizarla en Agosto del noventa y dos sin previas conspiraciones y sin violencias, anunciándola como un programa y cumpliéndola entre sus tropas sin pugnas de ningún género. Hasta los constitucionales creían preciso extraerlos de París y llevarlos por lo menos á las alamedas y bosques de Fontainebleau. Mas no quisieron, aunque todo se les facilitaba, no quisieron, por creer cosa hecha su reposición inmediata en el trono absoluto, restaurado y recompuesto por las legiones extranjeras. Sabían muy bien los Reyes que la revolución estaba en los aires; pero no creían pudiera estallar antes del arribo de las tropas austriacas á París. Los encargados de comprar revolucionarios, como si compraran ganados, ofrecían cuentas y más cuentas de compras, las cuales nunca se realizaban, embolsándose, muy satisfechos de la candidez ajena, el dinero destinado á la corrupción, dinero, ni ofrecido, ni aceptado. Por este método creyeron haberse los Reyes entendido con el terrible Danton y tenerlo ya en sus mercaderías y compra-ventas ajustado. Y mientras creían haber comprado á los revolucionarios mayores enterábanse con júbilo de que los menores no encontraban persona de viso y arraigo á quien poder confiar su jefatura. El general Montesquieu se negó por completo y como le creía muy avisado, la corte creía también que la negativa de hombre tan experto no podía fundarse, sino en convencimiento profundo y pleno de que la causa revolucionaria estaba perdida. Para mayor felicidad tocaba mandar la milicia nacional, por aquellos días, á Mandat. Y Mandat se contaba entre los más devotos caballeros de la corte y más armados del puñal clásico, sobre cuya cruz juraban todos aquellos reaccionarios el exterminio de la revolución. Perteneciente á los marqueses del antiguo régimen, á los guardias que pisotearon la escarapela tricolor en las orgías realistas de Versalles, evocaba la imagen de los antiguos leales y parecía la militar lealtad en persona. ¿Qué podían los monarcas temer? Ciertamente reinaba una grande agitación; los clubs hervían; la juventud se juramentaba con ánimo de pelear y morir por la patria; surgían voluntarios de todas partes con el fusil al hombro semejante á un órgano de ataque y defensa puesto en ellos por la misma naturaleza, pues parecían inseparables; sobre los guardacantones predicaban como apóstoles del combate oradores de plazuela, cuyos acentos llegaban hasta la mayor elocuencia y cuyos ojos despedían resplandores de martirio como los alucinados del desierto; y á la menor observación hubiera podido saberse que una guerra, lejos de contener aquellos furios colectivos, los exacerbaba, no siendo cosa fácil encerrar tanta electricidad en los pomos de las esencias que solían respirar la Reina y sus cortesanos. Así la palabra destronamiento del Rey resonaba en los aires. Y nótese ante los primeros conatos de destronar al Rey cómo no resalta en ellos el deseo radical de derribar la monarquía por tierra, sino el más político y el más legal de mantenerla en pie, pero renovándola con otra representación. Entre tantos organismos como

surgían al calor de la revolución, organismos en verdad extraños, distingúanse las secciones que no puedo explicar y definir sino llamándoles ayuntamientos de barrios, es decir, asambleas municipales parcialísimas, quienes, so pretexto de atender á sus convecinos y mentar sus intereses, atendían á las nuevas ideas y fomentaban la revolución. Así la sección cuadragésima-sexta mandó un comité de su seno al Congreso para pedirle con insistencias la destitución de Luis *el Falso*. El mismo Pétion, deseoso de que las revoluciones violentas se tornaran en una evolución pacífica, libertándole de las responsabilidades consiguientes á su doble ministerio y oficio, formulaba desde aquellos espacios del salón de sesiones, donde se reunían los peticionarios, á que llamamos barra, el destronamiento de la dinastía como el medio único de pacificar á París, con París á Francia, y en esta pacificación salvar el régimen establecido por la Constituyente y con el régimen establecido por la Constituyente principios é intereses á todos los hombres y á todas las generaciones tan caros, como los intereses de la paz y de la libertad.

Entre tantas agitaciones un caso grave sobrevino; el juicio de Lafayette por la Legislativa. Sabido es que cuantas veces la cuestión Lafayette se presentara en el Congreso nacional, otras tantas se aplazó, por las divisiones así de los ánimos como de los pensamientos y por las consecuencias graves que aparejadas traían tanto la condena de sus políticas temeridades como el perdón. Pero, en uno de los primeros días del Agosto aquel, suscitóse nuevamente la controvertida cuestión. Así que surgió, con ella surgieron problemas acerca de la confusión entre las facultades legislativas y las facultades judiciales del Parlamento, debatidas con pasión siempre, merced á la indefinición y á la indeterminación en que todo se hallaba por los comienzos del régimen parlamentario y constitucional, verdadero protoplasma. Los amigos de Lafayette creían á los enemigos de Lafayette acusadores, sin caer en la cuenta de que se llamaban á sí mismos abogados; y si entre fiscales y abogados se dividía la Cámara, no quedaba ni espacio legal para un juicio, ni número disponible para ejercer las funciones de jueces. Nuevos hechos de Lafayette se sumaban á los hechos antiguos y á las antiguas acusaciones nuevas acusaciones, imponiendo la necesidad imprescindible del nombramiento de una comisión extraordinaria y excepcional. En nombre de esta comisión, Mr. Debry observó que lo grave de las inculpaciones, lo alto del reo, la exacerbación agudísima de los hechos y de las incidencias circunstantes, los excepcionales deberes de un general investido con extraordinarias facultades para su defensa y de la patria y que en el ejercicio de estas facultades debía prohibirse á sí mismo toda ingerencia dentro de los asuntos públicos y de las deliberaciones parlamentarias constreñían los diputados á mirar con grave atención este asunto, en el cual se trataba nada menos que de un hombre, ciego hasta querer divertir las tropas del objeto para que las había reunido el Estado, enviándolas contra París y contra el Congreso. Por tanto no podía la deliberación suprema y definitiva de ningún modo aplazarse nuevamente, sin que la Cámara